

IDENTIDAD, CULTURA Y VIOLENCIA JUVENIL EN EL PERÚ Y AMÉRICA LATINA

Julio Cerna Cano*

“Juventud de fin de siglo: solamente algunos locos que han escapado del manicomio”

“(…) Los matones adolescentes del Rock & Roll asaltan las calles de todas las naciones. Se echan sobre el Louvre y arrojan ácido sobre el rostro de la Mona Lisa. Abren los zoológicos, los asilos de insanos y las cárceles, vuelan las cañerías de agua con martillos neumáticos, levantan el piso de los lavatorios en los aviones de pasajeros, apagan a tiros los faros, atan los cables del ascensor con delgados alambres, conectan las alcantarillas con la provisión de agua potable, arrojan tiburones y rayas, anguilas eléctricas y candirus en las piletas de natación (...), con ropas náuticas dirigen el Queen Mary a toda velocidad hacia el puerto de Nueva York, juegan caprichosamente con los aviones de pasajeros y los ómnibus, penetran a la carrera en los hospitales portando sierras y hachas y bisturíes de un metro de longitud, sacan a los paralíticos de los pulmotores (e imitan el ahogo de los asfixiados arrojándose al suelo y revolviendo los ojos en las órbitas), administran inyecciones con infladores de bicicletas, desconectan los riñones artificiales, asierran por la mitad a una mujer con una sierra de dos mangos, dirigen piaras de cerdos que chillan hacia el interior de la Bolsa, defecan sobre el piso de las Naciones Unidas y se limpian (...) con tratados, pactos y alianzas.”

“En avión, en automóvil, a caballo, en camello, en elefante, en tractor, en bicicleta y en apisonadora, a pie, en esquíes, en trineo, con muletas y pogoystick los turistas asaltan las fronteras, exigiendo con inflexible autoridad asilo ante las ‘indecibles condiciones que reinan en el país de la libertad’, y la Cámara de Comercio se esfuerza en vano por impedir el desastre: “Por favor, conserven la calma. Son solamente algunos locos que han escapado del manicomio”(1).

• Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
E-mail: jcerna@promudeh.gob.pe

INTRODUCCIÓN

La violencia es un producto social y no una causa endémica por sí misma en la que intervienen un conjunto de factores que conforman un fenómeno multidimensional que debe ser atendido desde una perspectiva sistémica. Por el contrario, cualquier intento por entender este fenómeno en forma unilateral y como un simple proceso lineal no permite apreciar sus reales dimensiones, y en consecuencia genera desarticuladas y débiles políticas públicas de prevención y rehabilitación de la violencia.

Es casi un lugar común asociar a la juventud con situaciones y comportamientos que implican violencia. En la edad juvenil, según este planteamiento, el ser humano tiene una mayor disposición o un mayor contacto con la violencia. En virtud de este tipo de consideración metodológica asociativa, la violencia ha pasado a formar parte de “lo joven”. Esta “envoltura”, que empata la relación violencia-juventud incurre en algunos automatismos que no compartimos y prescinde, además, de variables sociales y culturales que podrían explicar por qué el joven puede ser víctima de la violencia bajo determinados contextos.

Sin intentar convertir este estudio en una línea acabada sobre la materia, he querido iniciarlo con una introducción conceptual que nos parece fundamental: hoy en día ya no es posible referirse al vínculo pernicioso de los jóvenes con la violencia enfocando a esta última exclusivamente como consecuencia de riesgos que corresponden a una fase de la vida humana por la que todos atravesamos.

La violencia se manifiesta en todos los espacios en que la sociedad se desarrolla y expande, es presencial, física, psicológica, pero también simbólica, televisiva y, ahora, virtual. En sus manifestaciones concretas, son violencia el maltrato, la corrupción, la ostentación de riqueza, ciertos usos de la palabra, la adulación al poderoso y la mentira. La dependencia y la exclusión son

violencia. La economía no incluyente es violencia. La cultura que genera es hija de la violencia y procrea violencia (2).

En cierta perspectiva, puede decirse que la dimensión de lo humano contiene una carga de violencia inherente a su ser (3), pero, al mismo tiempo, la construcción social que caracteriza a cada época, puede ser siembra y cosecha de violencia, su multiplicación y potencia, o por el contrario, elaborar cauces para su neutralización y redireccionamiento. La amortiguación del conflicto social, en este sentido, no es meramente una cuestión instrumental, sino sustantiva. Por lo demás, varios estudios nos señalan lo que para muchos puede ser evidente, la relación entre exclusión (y no pobreza) y delito violento.

En cuanto a los jóvenes, asistimos en el presente, no sólo a los típicos ecos de agresividad adolescente, matriz de rupturas y de creación de espacios y voz propios, sino a un tipo de violencia que requiere de una lectura contextual y posicionada. En esta escena, los jóvenes suelen ser cotidianas víctimas y victimarios de hechos violentos. Y en un sitio privilegiado, en la consideración de su especificidad vital, agenciamos a la imposibilidad de proyectarse, la falta de horizontes, la ausencia de referencias públicas claras y de canales participativos no ficcionales.

LA VIOLENCIA JUVENIL COMO “PRODUCTO” SOCIAL

La violencia social, en sus diversas manifestaciones, es uno de los datos más preocupantes de la realidad latinoamericana. La magnitud y reiteración de sus expresiones indican que se trata de un fenómeno extendido, que amenaza objetivamente la seguridad de las personas, la confianza en los estándares de protección policial y jurídica, las perspectivas de desarrollo en la mayor parte de los países de América Latina y el Caribe e, inclusive, la credibilidad y funcionamiento de los gobiernos democráticos de la región. En este universo, la violencia expresada en los sectores jóvenes es aún más preocupante.

La violencia en América Latina es más bien un problema de tipo estructural, que explica el crecimiento de la tendencia y cómo ella puede

reproducirse ilimitadamente, si no se actúa correctivamente sobre los factores causales. En efecto, creemos que los países de la región tienen características estructurales que permiten la producción de violencia. Esta se ha implantado en escenarios donde las conductas se han autonomizado, generando una espiral acumulativa.

Aceptando que esta violencia social tiene características estructurales acumuladas históricamente y que se expresan en formas y grados que se entrecruzan y alimentan recíprocamente, es un riesgo sumamente grave mantener invariable un sistema social fragmentario, poco institucionalizado, en el que convergen subculturas que no se comunican entre sí y donde los símbolos de identificación, de respeto recíproco y de solidaridad, no están suficientemente internalizados entre los grupos portadores. A este grave cuadro se ha agregado el proceso de modernización desigual, cuya principal característica, especialmente en el caso de los jóvenes, es la exclusión en todas sus modalidades.

El proceso de cambios políticos y económicos promovidos en años recientes en América Latina ha dado resultados importantes, pero también ha coincidido con la presencia del fenómeno del incremento de la delictividad. Esta, especialmente a partir de la década actual, ha pasado a ocupar uno de los primeros lugares en cuanto problema concreto de la población, que se siente cada vez más desprotegida frente al crecimiento de la violencia delictiva y las acciones cada vez más públicas de sus agentes, especialmente juveniles. Hoy en día no resulta extraño constatar que una de las actitudes más acentuadas del colectivo social tiene relación directa con la demanda de seguridad ciudadana y con la preocupación por precariedad de las instituciones públicas encargadas de prestarla.

El incremento de la violencia en América Latina surge y se expresa en un contexto de crisis valorativa y social con características en algunos aspectos de anomia, que afecta principalmente las normas morales y legales que regulan la conducta humana, ocasionando su desviación de aquellos patrones socialmente válidos para la convivencia pacífica. Una de las manifestaciones genéricas de la crisis se expresa como un decrecimiento de las condiciones de

vida de la población, lo cual facilita los comportamientos violentos. Otra, más precisa, indica que la crisis normativa valorativa ha afectado también a instituciones básicas como la familia, la escuela, los partidos, los sindicatos e, inclusive, la policía.

EL CONTEXTO SOCIAL

La violencia juvenil tiene su punto de expresión más alto en las áreas urbanas, especialmente en aquellas ciudades con una gran concentración de habitantes. Los datos generales disponibles indican que ciudades como Medellín, Bogotá, Caracas, Lima, Sao Paulo, Santiago de Chile, San Salvador, entre otras, por las características de sobrepoblación y donde son más visibles las diferencias sociales, son las que tienen los más altos índices de violencia juvenil. Sólo basta constatar una realidad de niños y adolescentes abandonados, la degradación de las costumbres y la exclusión social (4).

Afirmar que las pandillas, bandas o maras en los barrios marginales latinoamericanos son una construcción social, sería minimizar el fenómeno a un absoluto cliché. Hacking (5), sostiene que cuando nos referimos a la construcción social de la pandilla no nos referimos sólo al producto (*la idea de la pandilla*) sino también al proceso que explica a este producto y la manera en que éste ha sido construido a través de distintos procesos históricos, socioculturales y de interacción entre lo imaginado y lo real. Estudiar el proceso explicaría el producto.

Hoy en día, el producto *la idea de la pandilla*, es aceptado sin mayor cuestionamiento y parece ser inevitable. Sin embargo, este concepto no necesita ser como es en lo absoluto y no está determinado por la naturaleza de las cosas; es decir, no es inevitable porque nuestra *idea de la pandilla* no está nutrida por un conocimiento profundo de la violencia juvenil sino un acercamiento inicial y muchas veces superficial a este contexto.

En otras palabras, podemos diseccionar *la idea de la pandilla* viéndola como un organismo compuesto de diferentes tejidos e ideas sobre, por

ejemplo, la pobreza, violencia y la juventud, pero debemos considerarla un entero conceptual cuando discutimos su naturaleza e influencia en nuestro accionar.

La *idea de la pandilla* ha adquirido una personalidad. En su existencia marginal, su composición de partes terribles, injertos temáticos que intimidan se relacionan a ideas sobre la herencia del terrorismo en los barrios marginales, ideas sobre por qué tanta violencia, los efectos que puede tener la pobreza en niños y adolescentes y lo que significa ver muertos y heridos de gravedad en los enfrentamientos.

Como las pandillas en su mayoría provienen de los pueblos jóvenes o marginales, algunos sugieren que la violencia de estos grupos es parte de la herencia que dejó Sendero Luminoso en estas áreas durante los años ochenta. En otras palabras, los pandilleros serían sujetos traumatizados ya sea por la violencia política a la cual fueron expuestos cuando eran niños o por la violencia estructural que obviamente afecta a los habitantes de los pueblos jóvenes. Algunos como Aldo Panfichi, consideran que podría existir una “transferencia de formas” entre la época de Sendero Luminoso y las pandillas hoy en día. Esto quizás podría explicar los nombres bélicos que utilizan estos grupos y algunas de sus acciones similares a las de Sendero Luminoso en los Andes, como la de cobrar “cupó” en los colegios, por ejemplo.

Hasta el momento no contamos con estudios que puedan comprobar una relación directa entre la herencia de la cultura de la violencia de Sendero Luminoso y las acciones violentas de las pandillas. Si bien es cierto que las acciones de Sendero Luminoso en la región andina afectaron a miles de jóvenes y familias enteras (6), la presencia de Sendero Luminoso en Lima nunca se consolidó por completo. Mientras en 1992, el movimiento terrorista predecía su eventual victoria sobre la capital, meses después este movimiento desaparecería de la escena política y nacional con la captura de Abimael Guzmán.

Aunque es lógico sugerir una relación entre la violencia juvenil y la pobreza, esta relación, por más obvia que parezca, no ha sido estudiada a fondo. Si bien tiene sentido suponer que la pobreza afecta, no podemos

explicar qué es exactamente lo que mantiene a muchos jóvenes fuera de las pandillas en lugares en donde la pobreza predomina.

El término “pandilla” no funciona como descriptor exclusivo de grupos de jóvenes violentos sino que incorpora a grupos casi-violentos y grupos no-violentos que se autodenominan pandillas. La pandilla es una asociación juvenil sumamente flexible, tan flexible que dos pandillas pueden exhibir personalidades opuestas y acciones diferentes que sirven propósitos distintos. No todas las pandillas comenten actos delincuenciales, no todas usan drogas y, sobretodo, no todas son violentas.

Debemos recordar que *la idea de la pandilla* está en continua metamorfosis. Aún estamos a tiempo de comprender al joven detrás del monstruo construido, a la persona que, como cualquier otra, busca sobrevivir en un mundo cambiante, en conflicto, con pocas oportunidades de desarrollo colectivo, compartido (7).

La pandilla es el espacio donde los adolescentes y jóvenes (violentos y no violentos) construyen su identidad, reclaman protagonismo y ejercen relaciones de poder violentas en la defensa de su territorio. Como la mayoría de sus integrantes provienen de familias disfuncionales, es decir, núcleos familiares con las figuras parentales ausentes o escindidas, experimentan en este espacio el afecto que les fue negado en sus respectivos hogares. Es más, la organización de la pandilla implica una jerarquización de roles donde los mayores (que a su vez son los más experimentados y valerosos *guerreros*) protegen a aquellos que se inician en el grupo.

Para Erikson, los adolescentes necesitan experimentar, ensayar, entrenarse, en diferentes roles antes de hacer un compromiso con una carrera, un sistema político o, por ejemplo, una religión. Para una sociedad compleja (como definía a la de su tiempo), Erikson enfatizó la necesidad de este tipo de experimentación, la moratoria, como algo clave para el logro de la identidad. Luego de esta etapa de experimentación de diferentes roles y sistemas de valores el individuo desarrollaría una cierta fidelidad hacia un compromiso ideológico, descubriendo algo en qué creer, hallando una “causa” que seguir. Pero, ¿qué sucede en una sociedad (más compleja que aquella desde la que

Erikson hablaba), en la que la inestabilidad y la incertidumbre pasan a ser la norma? Erikson consideró la "moratoria psicosocial" como un período *"durante el cual el individuo atraviesa libremente experimentando roles hasta poder hallar un nicho en alguna parte de la sociedad, en el que esté establemente definido y aún parezca que está únicamente hecho para él"*. Además, éste sería un paso para evitar una futura "crisis de identidad" (8).

La influencia de los medios de comunicación y la crisis valorativa condicionan a los adolescentes y jóvenes a asumir como principios los contravalores de una cultura de violencia, orientando su comportamiento a la reproducción del estilo de vida del *antihéroe*, debido a la escasez de modelos de referencia e identificación.

Los jóvenes, cobijados en sus diferentes tribus, enfrentan, resisten y construyen con los recursos que les ha tocado en suerte. Algunos, los obtienen fácil, otros disputan por ellos. La violencia de muchos jóvenes puede ser observada como reflejo de una violencia sistémica, que atraviesa estructuras y baña sujetos.

Tenemos la responsabilidad de identificar (probar o reconocer a una persona o cosa, determinar la identidad) responsablemente a los grupos que pretendemos intervenir. Necesitamos estudiar a profundidad estas diferentes manifestaciones sin limitarnos a categorizar y clasificarlas. No debemos convertir a éstas en diferentes especies humanas sino establecer un "control" y preguntarnos qué constituye la normalidad o la no-violencia en el contexto del barrio marginal. Debemos definir mejor la anormalidad que tratamos de erradicar. Tal vez descubramos que lo que pensamos es anormal es tan sólo un matiz de violencia que más que familiar es indispensable en el contexto de los jóvenes en estos sectores.

La *idea de la pandilla* debe ser debatida no sólo porque afecta a nuestras percepciones sino también a las acciones de las pandillas mismas. Este concepto de interacción discutido por Hacking explica cómo "las maneras en que los humanos son clasificados interactúan con los humanos que son clasificados". Este fenómeno es sumamente importante y en el caso de la violencia juvenil en Lima, es evidente que la prensa local y la televisión se

alimentan de la experiencia de los jóvenes violentos, y estos a su vez se nutren de las perspectivas usualmente torcidas que la prensa mantiene sobre la existencia y las acciones de las pandillas. La influencia de los medios de comunicación y la crisis normativa valorativa condicionan a los adolescentes y jóvenes a incorporar en su comportamiento los contravalores de una cultura de violencia, orientando su estilo de vida a la reproducción del *antihéroe*, como búsqueda de una identidad propia y en ausencia de modelos de referentes sociales positivos. Tenemos la responsabilidad de ser conscientes del efecto que nuestras acciones podrían tener al intervenir (influnciar o alterar una situación de alguna forma) el universo de los jóvenes en los barrios marginales. Debemos definir si para evitar la violencia será necesario promover iniciativas que disuelvan asociaciones entre jóvenes. No sería sorprendente que medidas represivas y disolutivas afecten a todos los grupos en los distritos, aumentando tal vez la desconfianza de los adultos ante toda forma de asociación juvenil.

Si bien podemos asegurar que la violencia tiene repercusiones negativas, debemos trascender esta aseveración, ir más allá de la personalidad intrínsecamente violenta y discutir si la disolución de los grupos de jóvenes violentos (¿y no violentos?) traerá frutos positivos o sembrará más semillas de violencia. Diseñar programas que se concentran exclusivamente en la disolución de las pandillas podría generar más violencia, pues podrían atentar contra estructuras independientes que parecen ser positivas para muchos jóvenes pues agrupan, asocian y promueven lazos indispensables en una adolescencia difícil, marcada por múltiples carencias y pocas posibilidades de desarrollo colectivo.

Hoy en día nuestra *idea de la pandilla* es una construcción fundamentalmente adulta y apegada a morales rígidas e incuestionables. Descartar la violencia como algo simplemente inaceptable es actuar al margen de la raíz de esta violencia que hoy en día ignoramos. Concentrarnos en discutir la “efectividad” de las estrategias que las organizaciones utilizan cuando abordan el tema de la violencia juvenil, sin identificar primero hasta qué punto nuestras ideas actuales sobre la violencia juvenil han sido construidas, sería contraproducente. Es necesario discutir y abordar los vacíos que tenemos

en conocimientos. Debemos re-entender *la idea de la pandilla*, pues esta reformulación y su debate brindará soluciones, pero soluciones que requieren cambios substanciales en las percepciones de la gente como principales agentes de solución. Estos cambios substanciales no ocurrirán a corto plazo y si bien son necesarios, más necesario aún es un debate por parte de las organizaciones relacionadas e interesadas en el tema de la violencia juvenil. Tal vez encontremos que las estrategias que están en contra de las pandillas son contraproducentes: que sería conveniente concentrarnos en situaciones humanas más fundamentales y apoyar, por ejemplo, estrategias de desarrollo económico y comunitario que incorporen principalmente a los jóvenes en estos distritos como medida de “intervención” en violencia juvenil.

Debemos recordar que *la idea de la pandilla* está en continua metamorfosis. Aún estamos a tiempo de comprender al joven detrás del monstruo construido, a la persona que, como cualquier otra, busca sobrevivir en un mundo cambiante, en conflicto, con pocas oportunidades de desarrollo colectivo, compartido.

LAS NUEVAS FORMAS DE VIOLENCIA

Como se puede apreciar, la suma y combinación de los elementos antes descritos configura enormes cargas subjetivas de insatisfacción juvenil, que pueden traducirse en escenarios de violencia y, efectivamente, frente a la ausencia de una estructura social de incorporación y de canales orgánicos de comunicación con el Estado. Esta suerte de “desarrollo” de conductas violentas puede configurar las siguiente modalidades: violencia individual autodestructiva; consumo de drogas y prostitución (chulos, cafichos, fletes, proxenetas, puntos, etc.); violencia individual delincencial (robo acompañado de lesiones, atracos, asaltos); violencia sexual grupal, cuya característica principal es formar una pandilla o una banda que combina actitudes amenazantes con acciones de violencia “pura”; es el caso de los robos, asaltos

a mano armada, secuestros al paso, rehenes para pedir rescates, lesiones, robo de accesorios de autos, homicidios, etc.

Existe también cierto tipo de violencia derivada de la actividad musical. Nos referimos básicamente a la música subterránea, a los metaleros y la tecnocumbia. La tecnocumbia, por ejemplo, es un fenómeno musical surgido en el Perú y que se ha extendido hacia Bolivia, Argentina, Ecuador y Colombia. Representa toda una cultura de la marginalidad y una expresión musical que expresa el proceso de migración andina del campo hacia la ciudad, proceso caracterizado por marginación, inequidades, frustraciones, desamor, desesperanzas, entre otros sentimientos conflictivos. Esta forma de entender la música contiene elementos presentes de arrebatos, actividad sexual circunstancial y violencia cotidiana, estimulados por las actividades públicas de los grupos que la interpretan. No es inusual que estos espectáculos terminen en una gresca entre grupos vandálicos o entre barrios en disputa de espacios para el desarrollo de conductas antisociales.

De otro lado, se puede apreciar la violencia derivada del deporte. Se trata básicamente del fenómeno de *barras bravas*, organizadas como tales para practicar la violencia, demostrando conductas de intolerancia y gran capacidad de destrucción, sea hacia otras personas o contra la propiedad privada. En este caso particular los niveles de violencia se expresan con suma naturalidad. La asociación para generar violencia es casi una necesidad que hay que satisfacer a toda costa.

La asistencia a partidos de fútbol se planifica con un cuidado sorprendente; desde el momento en que el joven sale de su casa para asistir al fútbol se cumple un rito preconcebido. La reunión con los amigos, la organización de la pandilla, el traslado al estadio, el consumo de alcohol y otras drogas, la secuela de actos previos, la agresión a todo aquel que se cruce en el camino y finalmente, la violencia generada al interior del estadio y fuera de él, una vez concluido el espectáculo, responde a un rito macabro, a una secuencia incontrolable de violencia desbordada. Una característica de todo ello es que la violencia es grupal, colectiva, lo que la hace, si se quiere, mucho más peligrosa. Pero la conclusión más importante de esta referencia es,

probablemente, que la gran mayoría de los jóvenes generadores de esta violencia pertenezca al sector de los desocupados o de los desempleados; para ellos la modernidad sólo ha llegado en términos de música estridente y de degradación de valores. No existe otra forma de modernidad. Un dato adicional e igualmente preocupante es que las *barras bravas* practican un tipo de violencia que prácticamente se puede encontrar en la mayor parte de los países latinoamericanos.

Finalmente, creemos que la violencia en América Latina no ha sido hasta hoy debidamente estudiada desde una perspectiva integral, y existen razones fundadas para temer que las estadísticas disponibles sean incompletas. Se impone, por tanto, un estudio que constituya una aproximación rigurosa sobre el problema, sus manifestaciones cuantitativas, sus consecuencias económicas y las alternativas integrales de solución. El estudio que proponemos debe ser integral, en el sentido de conceptualizar sobre la violencia en todas sus manifestaciones y, paralelamente, sobre el concepto de seguridad y sus aplicaciones en el terreno de políticas concretas. Deberá comprender un análisis de la estructura, composición y patrones valorativos de la sociedad y especialmente de los jóvenes para detectar los elementos que alimentan a la reproducción e incremento de las conductas violentas.

A MANERA DE CONCLUSIONES

A partir de los datos disponibles sobre la producción de violencia juvenil en América Latina, las políticas que tratan de prevenirla y combatirla, y de los recursos humanos e institucionales para proporcionar seguridad, podemos delinear una serie de hipótesis explicativas y propositivas, que no intenta convertirse en una lista cerrada sino que por el contrario intenta abrir el debate desde la perspectiva interpretativa que se ha desarrollado a lo largo del presente trabajo:

1. La violencia surge en medio de condicionamientos determinados por factores sociales, económicos, culturales y políticos que explican las

características, modos, duración, tipo, etc., con que se presentan en la sociedad. En este sentido, existe una violencia social que obliga a considerar variables estructurales, con el cuidado de no excluir otras causales presentes en las situaciones de violencia.

2. La violencia que afecta a los jóvenes –como sujetos pasivos o activos de ella– contiene elementos o referentes de tipo estructural y otros que provienen de contextos propios de la problemática juvenil. La interacción de factores individuales y sociales debe hacerse explícita si se quiere entender el fenómeno violento. La violencia de los jóvenes no debiera definirse con base en la exclusiva apelación a características individuales de origen biológico, jurídico o evolutivo. Tal interpretación olvida los efectos del proceso interactivo entre las personas y entre estos y sus ambientes sociales concretos.

3. La superación de problemas que afectan a los jóvenes –como es el caso de la violencia– requiere el empleo de un análisis multivariable que amplíe y enriquezca la reflexión por medio de metodologías que encuentren un equilibrio entre los razonamientos psicológicos –sociales y los sociológicos– jurídicos. Unos y otros ayudan a descubrir la problemática del joven, su entorno y su respuesta correlativa en el mundo de las propuestas provenientes de la sociedad civil.

4. Los problemas de desarraigo, de confrontación, delincuencia y conductas violentas de los jóvenes han aumentado en las dos últimas décadas. En el origen de muchas de estas actitudes hay problemas de índole familiar, disfuncionalidad, desintegración, climas intensos de agresión, intolerancia, autoritarismo, falta de respeto, de afecto, etc. Pero no se debe cargar todo a la familia. También debe tenerse en cuenta el tipo de inserción social, la resistencia a las experiencias juveniles, y cómo la racionalidad de los modelos dominantes incide, afecta y condiciona a la familia.

5. La violencia que afecta y se expresa entre los jóvenes, tiene una perspectiva de género que se muestra en prácticas sociales concretas. El género sufre –junto a otras variables– discriminación, desigualdad, dominación e injusticia en las relaciones sociales; situaciones que afectan directamente a la

mujer, siendo en algunos casos una matriz causal de violencia, que puede afectar al sistema social en su conjunto.

6. Las correlaciones mundo joven - mundo adulto, dan la clave de ciertas actitudes que en algunos casos pueden convertirse en violencia. La falta de espacios de expresión, la intolerancia e incompreensión de los adultos, la marginación, la represión, la prescindencia, la falta de respeto por los modos de construcción de proyectos vitales propios, la ausencia de criterios en el imaginario de la sociedad adulta para entender las iniciativas juveniles, en fin, la falta de oportunidades y la pobreza están en el origen de una desafección que lleva a la incomunicación y a la violencia.

7. Al abordar fenómenos como el de la globalización y la modernidad, así como su relación posible con escenarios inducidos de violencia, deben considerarse no sólo los aspectos económicos sino también la dimensión cultural del tema. Lo cultural alude a una concepción del mundo, a una presencia de símbolos que expresan diversos modos de tener o de reclamar identidad, posicionamiento, respeto al modo de ser, reconocimiento. Es decir, multiplicidad y diversidad que no tienen por qué entenderse como confrontaciones y rupturas con una modernidad que precisamente se construye a partir de lo diverso y que se integra a través de experiencias de convivencias plurales.

10. Desde la perspectiva antes expuesta, se debe reconocer que existen culturas juveniles que viven sus propias experiencias estéticas y de participación. Tales prácticas pueden desarrollar relaciones tensas y confrontaciones con el mundo adulto. No hay por qué descartar que se genere en los jóvenes ciertas tendencias e inclinaciones que se enfrentan con los estereotipos dominantes y los contenidos violentos de estos.

11. Es indispensable vincular el derecho a las oportunidades y la modernidad, con la educación, de modo que ella sea formadora y capaz de dar respuesta a los problemas de la juventud.

12. La violencia afecta a toda la población de la región y es uno de sus principales problemas. Los jóvenes están inmersos en ella; son sus víctimas, pero también participan activamente en su producción. Aunque la violencia

atraviesa transversalmente a todos, son los sectores que sufren marginación, exclusión y otras modalidades de desventajas sociales e injusticia, los más afectados. “Los jóvenes, en especial los varones, se ven primariamente involucrados en los conflictos armados, en los desajustes sociales de carácter grupal como las bandas o maras, y en delitos enmarcados en la pobreza y desocupación laboral. Son los jóvenes los principales agentes y víctimas de la violencia homicida.”

13. América Latina es la región del mundo que registra mayor violencia (30 asesinatos por cada 100,000 personas) y el mayor número promedio es el de jóvenes de 26 años. No obstante, hay un mayor gasto en políticas policiales y una sobrepenalización de la justicia que no ha resuelto el problema. Es necesario replantearse qué tan efectivas son estas políticas y tener en cuenta que pueden ser aún más eficaces las políticas preventivas. Ahora, ¿cómo hacer políticas públicas de previsión?

Un listado no excluyente de temas y asuntos considera los siguientes:

- Profundizar los estudios sobre factores de riesgo para la violencia.
- Inducir y convencer, vía propuestas de modos alternativos de realización individual y social, a dejar el alcoholismo, las drogas, el uso de armas, etc.
- Expandir la educación y convertirla en un medio de formación personal, capacitación e integración.
- Estimular la cohesión social, el respeto a las diferencias y al género.
- Promover el valor de la solidaridad.
- Abandonar las prácticas nocivas de la marginación, la discriminación por raza, sexo, religión, lengua u otras. Eliminar de las políticas públicas todo lo que lleva a la exclusión.
- Reconstruir el tejido social, promoviendo los valores familiares y respetando las experiencias propias de los jóvenes.
- Fortalecer las organizaciones juveniles, que éstas discutan sobre los problemas propios, escucharlos y concordar con ellas la proposición de Políticas de Juventud.

- Promover la asunción de responsabilidades, especialmente la participación de los y las jóvenes en la vida pública y respetar sus derechos.
- Dialogar y convencer a las autoridades públicas, dirigencias políticas, empresarios y organismos internacionales, que todo este listado de políticas públicas de prevención en favor del joven debe expresarse en reestructuraciones profundas del gasto público y su manifestación en los presupuestos anuales de cada país.

14. La prevención es fundamental y debiera ser la base para la formulación de programas de seguridad ciudadana, donde el aumento de disfrute de los derechos, el respeto a la identidad y a los patrones que dan especificidad a las culturas juveniles sea tomado en cuenta. Esto debiera ir acompañado de evaluaciones rigurosas de las políticas represivas y sobrecriminizadoras actualmente en curso. ¿Tiene acaso sentido ampliar los tipos penales al punto de incluir a niños de 14 años como sujetos penales? El uso indiscriminado de cárcel es una manera fácil de impactar a la opinión pública, pero los resultados son negativos.

15. A la desatención educativa que afecta a los jóvenes, se suman otros factores que igualmente los perjudican y cuyo crecimiento es visible en las dos últimas décadas en la región: empeoramiento de la situación socioeconómica, agravamiento del tráfico y el consumo de drogas, uso sin control del alcohol como patrón de costumbres entre los niños y los jóvenes, reclutamiento de adolescentes y niños por bandas que controlan el negocio del narcotráfico; secuestro de niños y adolescentes que son obligados a luchar en frentes de guerrillas, paramilitares, etc. Al mismo tiempo, se constata que el Estado ha hecho renuncia a los servicios públicos que tenía a su cargo, sin que la privatización de ellos haya significado un incremento de la población que tiene acceso a los servicios. De este modo, lo que objetivamente se constata es que ha aumentado la exclusión social y el deterioro de las relaciones familiares. En este contexto, el mundo joven ha sido visiblemente damnificado. Derechos básicos del joven como la salud, la educación y el empleo no son debidamente atendidos.

17. La reclamada participación de años atrás, ha cedido su lugar a la mediatización de la sociedad, principalmente por el impacto de la televisión. Esta involución social ha afectado particularmente al joven. Es visible su desconcierto; la sensación de abandono, de incompreensión y soledad. Ya no tiene moratoria para aprender y experimentar. Si el futuro es siempre incierto, esa percepción es mayor en él. Algunas manifestaciones de reclamo expresan descontrol, cólera, furia grupal, pero hay también exigencias para que las políticas recuperen dimensión humana, el respeto a la pluralidad y al valor de la tolerancia. Los movimientos juveniles apuestan fundamentalmente por el reconocimiento a los derechos de los jóvenes, el respeto de su identidad y a combatir la exclusión y la desigualdad.

18. La violencia no es un problema reciente, pero se desarrolla y expande hoy a una velocidad mayor. No sólo es física sino simbólica, televisiva y hasta virtual. La economía no incluyente estimula la violencia, sobretodo cuando afecta a la cultura con sus modos y sus modas consumistas. En ese contexto, los jóvenes son víctimas de la violencia, pero también actores de ella.

19. Las características comunes a los fenómenos de violencia en la región no excluyen la consideración a las especificidades provenientes de la realidad nacional de cada país. Es en ese ámbito donde aparecen escenarios que explican mejor el cómo, el porqué, el grado, la densidad y la duración de los fenómenos de la violencia. El aporte de las instituciones especializadas y de los expertos es en este caso muy importante, tanto por la formulación de sus enfoques, como para la formulación de las políticas públicas. Pero lo más importante será siempre dejar la palabra a los jóvenes. Corresponde a ellos y a sus organizaciones y grupos, el hablar de sus definiciones, sus críticas y sus propuestas.

20. Al tratar la violencia debe considerarse la cuestión de los medios de comunicación. Es un hecho comprobado que ellos, especialmente la televisión, ejercen una gran influencia pública. Sin embargo, esta última suele actuar como inductora de violencia. Es importante señalar, no obstante, que los medios son esenciales para la proposición de opciones alternativas que estimulen valores como la amistad, la solidaridad o la convivencia pacífica.

21. Hay que denunciar las lógicas autoritarias que tienden a estigmatizar al joven. Las propagandas que aterrorizan exagerando la presencia de pandillas, maras, bandas, etc. Buscando crear las condiciones para políticas duras de control social. No se trata de ignorar la existencia de estos grupos y deben buscarse los modos apropiados para reconducirlos. No obstante, hay que rechazar la pretensión de reducir el mundo juvenil y su cultura a visiones negativas exageradas.

22. Entre los elementos que concurren a la violencia en los jóvenes y que tienen entidad propia, debe prestarse atención a la violencia de género, donde las niñas, adolescentes y mujeres son víctimas de abuso sexual, maltrato, discriminación, torturas y asesinato por parte de varones. También a la violencia de los adultos que imponen su poder porque dirigen la sociedad y la rigidizan con base en relaciones verticales y desiguales; en fin, la violencia urbana, fruto en gran parte de procesos caóticos de urbanización.

23. Es imprescindible que los jóvenes recuperen una visión positiva y optimista de la política. El divorcio actual es negativo. La política es vista por los jóvenes como un mundo cerrado, adulto y egoísta. Pero la política es también un mundo donde los jóvenes deben participar, con sus propuestas y ejercicios de responsabilidades.

BIBLIOGRAFÍA

(1) BURROUGHS, William: *El Almuerzo Desnudo*. Buenos Aires, Ed. Leviatán, 1959.

(2) BALARDINI, Sergio Alejandro: *La preocupación por la violencia y los jóvenes*. En: <http://personales.jet.es/oij/index.htm>

(3) LOSSEF-TILLMANNNS, Gisela: Hablemos de la pulsión de muerte, de la agresión como instrumento de acción por la sobrevivencia, como respuesta a una frustración, o incluso como modalidad de socialización. En: "Los medios de comunicación y la violencia", en *Revista de Políticas Sociales* N° 1 "Jóvenes y violencia". Editorial Hacer. España. Enero (1997).

(4) BERNALES BALLESTEROS, Enrique; ALBÁN GUEVARA, Rodolfo y OTÁROLA PEÑARANDA, Alberto: Documento Base para la Conferencia Electrónica “Modernización y Condicionamientos Sociales en los escenarios actuales de la Violencia Juvenil”, organizada por la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ), del 30 de Enero al 12 de marzo del 2001.

En: <http://personales.jet.es/oij/index.htm>

(5) HACKING, Ian: *The Social Construction of What?* Harvard University Press. Cambridge, 1999.

(6) CENTRO DE ESTUDIOS Y ACCIÓN PARA LA PAZ (Ceapaz): *La Violencia Armada y su impacto en la Situación de Niños y Adolescentes*. Lima. 1998.

(7) DELFIN, Mauricio: *Taming Chimaera: Demystifying the youth violence phenomenon in Lima, Peru*, 2000.

En: <http://mauriciodelfin.tripod.com/projects/chimaera>

(8) ERIKSON, Erik: *Niñez y sociedad*, 1966.